

Universidad, Jove, Gracida, Rada, Montaña y otros solicitaron del rey les permitiera usar, como un privilegio especial, la toga, como á los Doctores de la Universidad de Salamanca.

Por último, como puntos curiosos de su historia dejaremos consignado: que el primer grado de Doctor en Medicina que se dió en la Nueva España lo fué probablemente el del Licenciado Don Pedro López (el segundo de este nombre), el que tuvo lugar en el año de 1553, apenas dos años despues de fundada la Universidad, y quien murió en 1554; que en el "Primer Libro de Grados," que hemos tenido original en nuestras manos y que corrió del año de 1567 al de 1647, consta como el primero, el del Doctor Don Pedro Farfan, que lo recibió el 20 de Julio de 1567; que ya establecida la primera cátedra de Medicina, lo fué el del Doctor Don Gerónimo de Herrera, el 15 de Julio de 1584, y, finalmente, que el último que se tuvo en este período lo fué el del Doctor Don Joaquin Altamirano y Vega, que se verificó el 28 de Agosto de 1826.

Tales fueron los grados universitarios que tuvo nuestra profesion en todo este período, grados que á la verdad honraban entónces mucho, y para alcanzar los cuales se necesitaba adunar á un talento y conocimientos nada comunes una fortuna regular.

Cerraremos este Capítulo procurando condensar, por decirlo así, la historia de los estudios médicos universitarios y juzgar lo que ellos fueron en todo este período.

Pocos fueron los elementos con que en la segunda mitad del siglo XVI contó la Universidad de México para la enseñanza de la Medicina cuando, apenas fundada, cuidaba de organizar de preferencia la de las otras Facultades.

En el siglo XVII, es curioso ver lo limitado que estuvo en los años de 1694, consistiendo las cátedras en exposiciones más ó ménos metafísicas de las doctrinas de Hipócrates, de Galeno y de Avicena, ó bien en lecciones de Anatomía dadas sobre estampas ó de memoria, y muy rara vez en cadáveres—de los que sólo se enseñaban algunas vísceras—que sólo podían ser de los ajusticiados, y para darlas en éstos, sólo previo permiso de la Real Audiencia.

En el siglo XVIII continuaban casi en el mismo estado de atraso todos los conocimientos médicos de este Establecimiento, siguiendo re-

ducidos á las doctrinas de Hipócrates y de Galeno. No fué sino ya muy avanzado el siglo cuando, al entrar en 1787 á regir los destinos de la madre España un monarca sabio y liberal, Carlos III, empezaron á ser objeto de la atención y disposiciones del trono las cátedras de Medicina de la Universidad de México.

Cómo haya sido de elemental todavía la enseñanza á principios del siglo XIX, es fácil comprenderlo, no existiendo más relaciones científicas de la colonia con la Europa que las que tenía con la metrópoli; secuestrados de sus conocimientos que muy difícilmente nos alcanzaban, y sujetos á la previa censura sus libros, de los que absolutamente se carecía, á no ser de aquellos que, previa aprobacion, buenamente querria mandarnos la madre España. En tal estado nos vinieron á encontrar los dias gloriosos para la patria, en que se iniciaron las primeras ideas de nuestra Independencia. Durante la laboriosa década que formó la epopeya más grandiosa de nuestra guerra de Libertad, decayó un tanto nuestra profesion, interrumpida y alterada más ó ménos su enseñanza; los médicos casi teniendo que formarse por sí solos en academias particulares, y las cátedras del ramo sin lugar en donde darse y sin auxilios con que sostenerse, aceptando la hospitalidad que interinamente les diera el Real Colegio de San Ildefonso, las aulas de la Universidad sirviendo para acuartelar las tropas que se aprestaban á combatir contra nuestra independencia. Fué por entónces, en el año de 1812, cuando la regencia del príncipe, queriendo mejorar esa enseñanza, mandaba cédulas á México pidiendo informes del estado que guardaba. Realizada nuestra autonomía, siguió, como era natural, en todo el resto de este período, las huellas que aún se conservaban frescas de la enseñanza colonial.

Puede verse, pues, en conjunto, que si los estudios universitarios estuvieron aún muy atrasados en todo este período, más lo estuvieron los estudios médicos y los á ellos anexos, las ciencias accesorias como la Física y la Química, aun muy atrasadas en Europa, estándolo más aquí, y los médicos contando apenas con una enseñanza muy elemental.

Aun en sus últimos dias esos estudios eran muy incompletos, y muy mala y vulnerable aquella, segun el testimonio respetable de un discípulo de aquella escuela, el Doctor Don Manuel Carpio, á quien dejamos toda la responsabilidad de nuestros asertos. En la cátedra de Ana-

tomía: de osteología, apenas se adquirían, según él, nociones en un viejo y desvencijado esqueleto; de miología, sólo se estudiaban algunos músculos que nunca se llegaban á preparar, omitiendo la mayor parte de ellos, y no se enseñaban, según el mismo respetable testimonio, la esplanología, la angiología y la neurología, es decir, nada ménos que las tres cuartas partes de tan importante materia. La clase de Fisiología era enteramente teórica y á tal grado mal servida, que dándose en latín, y en un latín del siglo XII, alguna vez un maestro confesó que no entendía el texto que explicaba. Y así de las demas. El señor Doctor Don José Ferrer Espejo, discípulo también de aquella Escuela, antiguo profesor de la nuestra y muerto apenas unos cuantos años há, nos aseguraba cosa semejante: que las enseñanzas eran orales; que se carecía de obras de texto que difícilmente nos llegaban ó que tenían unos precios exagerados, y que en los ramos de enseñanza meramente objetiva sólo les mostraban en su época, y eso á distancia, el objeto de estudio, que ni podían ver de cerca, ni ménos apreciarlo. Además, las lecciones eran insignificantes; jamás componían un curso completo, y muchos eran los días que se perdían en asuetos, minando así la base principal de la enseñanza, algunos profesores concurriendo apenas tres meses del año escolar. No es de extrañarse, por lo mismo, que nuestros antiguos médicos encubrieran su mal disimulada ignorancia y su superficial instrucción con relumbrones de falso oropel y vana hojarasca, ministrándonos evidentes pruebas de esta verdad los escritos médicos de entonces, cuyo estudio y crítica ocupará un Capítulo especial de bibliografía en este nuestro segundo tomo. Tal época de decadencia en aquel antes lozano y vigoroso plantel, vino de años atrás preparando los acontecimientos que habían de traer el nuevo y último estado de evolución de las ciencias médicas en nuestra patria.

Sin embargo, aquella enseñanza, tenida con justicia por anticuada y rutinaria y que fué objeto de tan severas críticas, dió no obstante bastantes médicos ilustres, honra de la Universidad, honra de nuestra Escuela, y honra de nuestra patria.

Terminaremos por ocuparnos de las escuelas que vinieron dominando en la enseñanza de la Medicina en todo este período.

La medicina hipocrática fué la señora absoluta en todo el período metafísico.

La escuela de Alejandría, el sistema escolástico y el empirismo, así

como la escuela dogmática, influyeron también no poco en la marcha y carácter de aquella.

La escuela de Alejandría, en efecto, tuvo gran preponderancia en los estudios médicos universitarios. El gusto por las discusiones y disputas escolásticas y el abuso de la retórica y de la gramática eran la trama principal de sus continuas funciones literarias. Su erudición consistía en acopiar en la memoria argumentos sobre argumentos, y en conocer bien la lógica. Entonces dominó el peripatetismo.

El sistema escolástico, que reinara en Europa allá en el siglo XIII, aquí aún seguía engendrando aquellas series de argumentaciones y de sutilezas apoyadas en autores célebres y algunas de las cuales nos son conocidas.

El empirismo, ese sistema, uno de los mejores de la antigüedad, fué también uno de los factores de la escuela médica compleja de este período. Y ya que de él hablamos, harémos aquí una rectificación. Es común entre nosotros calificar con el nombre de empíricos á los médicos que nos merecen poco respeto en sus conocimientos y en su práctica. Lamentable error que depende de la ignorancia en que se está generalmente de la historia de la Medicina, donde se habría podido aprender que precisamente los médicos empíricos pertenecieron á una de las mejores escuelas de la antigüedad. Ese epíteto, pues, ántes que depresivo, debe ser tenido como honroso.

Por fin, la escuela dogmática, según la cual era imposible saber cómo se había de curar una enfermedad si se ignoraba la causa de que dimanaba y que fué la que más influyó sobre la Cirugía, prestó, aunque corto, su contingente á la Medicina, asociada, ya á la experiencia, ya al raciocinio. Abogando siempre por la Anatomía, ora al tratar de averiguar cómo recibía el aire el pulmón, es decir, buscando explicar la respiración; ora cómo se disolvían los alimentos en el estómago, la digestión; ora por qué latían las arterias, la circulación, etc., ponía los cimientos de la Fisiología y señalaba un nuevo camino al período positivo, en cuya prosecución vamos, y de cuya peregrinación han nacido la Anatomía y la Histología patológicas.